

el alma poética de Alarcon, es en el pasaje en que, hablando de nuestra España, y de su literatura y de sus artes, prorrumpe en estas palabras, que resumen todos los merecimientos de nuestros ínclitos mayores: «Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Esta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesús; de los siervos de María.»

Sí; y aún por eso esta es la tierra de los intrépidos caballeros, de los grandes artistas, de los famosísimos escritores, mientras no se quebrantó el espíritu católico: por eso la decadencia es general y evidente desde que vientos extranjeros han traído á la tierra de los soldados de Jesús y de los siervos de María, desaliento de incredulidad, y fiebres de racionalismo.

Notadlo nuevamente, señores Académicos: notad el singular fenómeno que presenta la historia de nuestras letras. Cuando el escritor respeta como justo límite el que pone la Religión Cristiana, vuela: cuando, llegados los tiempos modernos, se juzga libre de toda limitación, se arrastra. Mientras aspiró principalmente al Cielo, alcanzó fama perdurable en la tierra: desde que rompe con los lazos que le unen á la gloria eterna, no consigue ni siquiera la de este mundo. Es muy natural, si bien se reflexiona; puesto que, como dice el Príncipe de los ingenios españoles, «los cristianos católicos... más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así que, nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana

que profesamos.» «Ves aquí los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.—Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los estiman, y aún los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus frentes.»

¡Y aún hay quien diga que el que escribió estas cosas, solamente trató de matar los libros de caballerías! De cantar himnos y loores á la caballería verdadera, si que trató aquel D. Quijote que se retrató á sí mismo en la persona de un nobilísimo loco en perpetua discusión con el *positivismo*, que ve venir y avanzar sobre el mundo, y del cual se burla de verdad, que no del demente caballero, que es el personaje más simpático que ha salido jamás de la mente de escritor ninguno. Para burlarse de él, de sus ideas, y de lo que él quiere representar y defender, ¿habría hecho Cervantes á su D. Quijote digno de la simpatía, del interés, del cariño de toda alma bien templada? Lo contrario se propuso Avellaneda; y por ende su Quijote contrahecho es, además de insípido, reverso de la medalla del verdadero y sin par D. Quijote de la Mancha.

Dejémonos ya los españoles de repetir juicios que en labios ajenos son astutos, y simplezas en los nuestros. No es el espíritu inmortal del caballero demente quien ha llamado *positivista* á Cervantes: han sido autores de esta opinión los hijos de Sancho Panza. Los que mutilaron el cristianismo, y convirtieron en prosa protestante los esplendores del culto católico; los que arrojaron de sus claus-

tros á las monjas y á los frailes; los que casaron á los curas, para que, consagrados á cuidar de sus hijos, dejaran de ser padres y maestros de sus feligreses pobres y necesitados; los que detuvieron el curso majestuoso de la civilizaci6n cat6lica con *la protesta*, madre del *racionalismo*; los que matan la literatura y deshonran á las artes rebajándolo todo al nivel de la materia; esos, no pudiendo acabar con la fama de Cervantes, idearon calumniarle. Y á él, manco en Lepanto, cautivo en Argel, soñador, como ahora se dice, en todas partes, poeta toda su vida de obra más que de palabra, le han querido convertir en ap6stol de las ideas modernas, prosaicas, materialistas y groseras. ¡Y en castellano lo han repetido plumas españolas! Vaya por Dios: se han repetido en España tantos dislates nacidos fuera de aquí para arruinar á España y desnaturalizarla, y hacer que falte á sus tradiciones y á su vocaci6n, que por una más no hay que enfadarse demasiado. «Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hacemos señoras de nuestros pensamientos, á la pereza en andar por todas partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.» ¿Suenan esto á sátira, señores?

Pero dejó á los señores, y en esta cuesti6n, como en otras muchas, apelo al testimonio de las señoras, hechas por Dios no para componer versos, sino para inspirar todo linaje de poesía. Venid conmigo, sigamos á Don Quijote. Un día, lleno de gratitud su nobilísimo pecho, deseando corresponder como hidalgo á mercedes recibidas de unas damas, no pudiendo hacerlo en la misma medida, conte-

niéndose en los estrechos límites de su poderío, les ofreció lo que pudo y lo que tenía de su cosecha. «Y así digo que sustentaré dos días naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos.»

El mismo Sancho Panza, creado por Cervantes para que dude de todo y para que todo lo vea con los ojos de la carne, el mismo Sancho Panza esta vez quiere el autor que reconozca y confiese que esto es hermoso, que esto es, además, honrado y bueno; y se rinde á la belleza poética y á la hidalguía, y dando una gran voz, exclamó: «*es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco?*» Don Quijote que, entre otras locuras, tenía la locura de la modestia, «volvióse á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: ¿quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero?» Puesto en medio del camino con intrépido corazón, vino un tropel de toros bravos y de mansos cabestros, y pasó sobre Don Quijote dando con él en tierra y echándole á rodar por el suelo. Para entonces, *los que con el caballero estaban, volviendo las espaldas, se habian apartado bien lejos, temerosos de que les habia de suceder algun peligro.*

Decidme, señoras mías, ¿se escribió esto para hacer reír ó para hacer llorar? Los que leyendo esto se rien de Don Quijote, se reirán de todo lo que es poético, de todo lo que es noble y levantado, aunque parezca extravagante: se rien de la España de nuestros mayores abandonada en Westfalia y maltratada en Utrecht; se rien de la heroica locura llamada la guerra de la Independencia; se rien de

los valerosos voluntarios pisoteados en Cabezón, Ocaña y Medellín; se ríen de la España caballeresca, por que las damas, zagalas contrahechas, llamadas Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria, le volvieron las espaldas y la dejaron sin Gibraltar, y sin Nueva España, y sin el nuevo mundo descubierto por un loco que se llamaba Colón, bajo el amparo de la visionaria Isabel la Católica, conquistado por unos dementes que se llamaron Hernán Cortés y Pizarro, y evangelizado por unos extravagantes que se llaman frailes franciscanos ó dominicos.

No, señores: Cervantes no se ríe, sino que llora. Ignoro, y me importa muy poco averiguar, si empezó á escribir su inmortal libro con el intento que en él resplandece: lo que sé, y doy por averiguado y cierto, es que en él fué vaciando su alma, y apareció patente su corazón generoso, y resultó lo que he dicho. Aun por esto, en lo claro de la intención, en la hidalguía de los pensamientos de Don Quijote, en lo poético de sus designios descabellados, es muy superior la segunda parte á la primera, aunque esta parezca más pintoresca y animada que aquella; por esto, en la segunda parte nace un bachiller Sansón Carrasco, que comete locuras verdaderas para curar á Don Quijote de su poética locura; por esto, en fin, todos los hechos y todos los dichos de Don Quijote, principalmente en la segunda parte de su vida, son á más no poder nobles, bellos, y sobre todo simpáticos. Porque Don Quijote es Cervantes cautivo en Argel, animado de pensamientos conquistadores; Cervantes en la corte, lleno de heridas y de merecimientos, y muerto de hambre; y Don Quijote en su casa, molido á palos y próximo á morir en brazos de su sobrina, y de su ama y de su cura, es Cervantes dando vueltas alrededor del convento de las Trinitarias, yendo á ver de continuo á las Religiosas para con-

solarlas y para consolarse, y tomando el hábito en la Orden Tercera de San Francisco (1).

¡Pero si ríe perpétuamente en el *Quijote*! Ríe, mas no se burla: también ríe al escribir la dedicatoria del *Persiles*, al día siguiente de darle la Extremaunción; y cierto que al esperar tranquilo y con pecho regocijado la ya cercana muerte, no se burla ni de la otra vida, ni de la mortaja que prepara para su cuerpo con el tosco sayal de la orden franciscana.

Ni D. Pedro Alarcón, ni el que tiene la honra de contestarle á nombre de la Academia Española, estamos con los que aventuran semejantes bobadas. Uno y otro, el nuevo académico aún más y mejor que yo, porque es poeta y yo un humilde prosista, y de la más pedestre prosa, la que se escribe en papel sellado, sabemos á qué atenernos. Ningun soberano escritor ha dejado de ser espiritual en sus pensamientos, y moral en sus composiciones. Ningun poeta español, ningun artista, ningun orador digno de tal nombre, ha dejado de ser entre nosotros católico: porque entre nosotros ha imperado siempre la verdad, y no ha habido manera de ser religioso sin ser hijo de la Iglesia de Dios.

El discurso de Alarcón tiene un objeto altísimo, cristiano y español, como sus obras literarias. ¡Venga el señor Alarcón en muy buen hora á llenar los huecos que va dejando en nuestras filas la muerte, y, con la ayuda de Dios, entre todos sacaremos ilesos de la borrasca que corre la literatura, anegada en un mar de aguas inun-

(1) Tomó el hábito en 2 de Julio de 1613. Profesó el día 2 de Abril de 1616.—«en su casa, dice la partida, por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervantes.» Véase *La sepultura de Miguel de Cervantes*, memoria escrita por encargo de la Academia Española por el marqués de Molins.—Madrid 1870, imprenta de Rivadeneyra.

das, los fueros de su hermosa Dulcinea, del alma humana, hecha á imágen y semejanza de Dios y redimida por Él en el Calvario! ¡Arriba los corazones! y desdeñando, como dice Alarcon, los ideales finitos, busquemos digno término á nuestras obras elevándonos «á la contemplacion del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.»

22 de Enero de 1877.

